

Hasta aquí las armas : en adelante solo debian trabajar los protocolos.

NOVELA.

PAMPLONA Y ELIZONDO.

I.

La gente hervia en el glacis de la ciudadela de Pamplona y en los alrededores de la deliciosa *Taconera*, contemplando con admiracion el porte marcial y la franca alegría de los soldados de una brigada que salia al encuentro de las bandas rebeldes. El sol brillaba con todo el esplendor de que es susceptible en una mañana de mayo, quebrándose en mil reflejos sobre el acero bruñido de las armas, y derramando sobre toda la naturaleza ese vapor transparente y dorado que solo se ve en los climas meridionales. Las músicas militares, á que por momentos se unian los tambores y clarines, completaban el prestigio de este espectáculo.

Veianse entre los curiosos personas de todas condiciones, sexos y edades, fisonomias animadas á la verdad de bien opuestos sentimientos. Brillaba en unas la alegría mas sincera; en otras se notaba una frialdad no disimulada, y en no pocas, especialmente en la gente vestida de negro y en el populacho, se divisaba á veces una sonrisa irónica, que un observador algo sagaz hubiera podido interpretar de este modo : « Bellos uniformes, ¡ vive Dios! lucidas armas, que vendrian de molde... : pero no hay cuidado, con algunas se quedarán, y puede que algun dia... »

Junto á la puerta de San Nicolas, en medio de un negro y tormentoso mar de apiñadas cabezas, descollaba, como un pequeño promontorio, un coche de asaz anticuada estructura, que contenia cinco personas (mas bien diriamos cuatro y media) cuyos trajes y modales revelaban una existencia, sino brillante, al menos algo mas que regular. Una señora como de cuarenta años, de facciones en extremo dulces y respirando mansedumbre, con un sombrero amarillo de tamaño algun tanto exagerado y de forma aplastada por el estilo de una inmensa visera, ocupaba el lado derecho del testero. En el otro estaba una jóven que no habria cumplido aun cuatro lustros, de facciones no menos dulces que su madre, aunque no de una exacta regularidad, vestida con mucho gusto, y elegantemente prendida en la cabeza una mantilla blanca. Al vidrio, en frente de ella, un jóven de veinte y cinco ó veinte y seis años con unos bigotitos sumamente recortados y perfilados de cada lado de la nariz, á guisa de dos pinceles, el pelo rizado y el sombrero montado á caballo en la oreja derecha. El cuarto asiento, y aun algo mas de lo que en buena reparticion le cabia, lo llenaba un caballero de alta estatura, vientre henchido, cabeza pequeña, calva y redonda como una manzana,

carrillos abultados y cubiertos de un brillante barniz de color bermejo y recortados por el cuello duro y almidonado de la camisa, que, de cada lado, pasando con dificultad por debajo de las orejas, se lanzaba como dos murallas hasta los confines de la boca. Este buen señor, simbolo parlante de la buena vida, tenia entre sus piernas al quinto personaje, que dijimos podria calificarse de medio, á saber, un niño de diez años, que de pié al lado de la portezuela se entretenia en hacer el ejercicio con el baston del respetable caballero, amenazando á cada paso sus ojos con la punta, é hincando con frecuencia los agudisimos codos en el vientre algo protuberante en que en todas sus evoluciones tropezaba, con visible desazon del buen señor.

Pasaron primero dos batallones de la guardia; luego dos del ejército, la artillería, los bagajes, y finalmente alguna caballería y un batallon de infantería ligera.

Al llegar este último, el niño, que hasta entonces no habia hecho otra cosa que hostilizar el vientre de su tío (que tal era) y tocar la trompeta en un cucurucho de papel, cuadrándose con una imponente seriedad siempre que pasaba algun jefe exclamó, interrumpiendo de repente su música militar : ¡ Ay! mamá, allí viene don Eduardo. Dime; ¿ es cierto que se va? »

— Si, hijo mio, contestó la señora que ya conocemos : y en verdad que es una calaverada, porque aun no está completamente restablecido de su herida, y el dia menos pensado va á tener que quedarse en un lugarcillo cualquiera, ó en una miserable borda (1). Pero estos muchachos tienen las cabezas como molinos de viento, tan pronto giran á un lado como á otro, tan pronto dicen si como no....

— Pero ¿ no te estarás quieto, Perico? — prorumpió con impaciencia el colosal caballero, á quien hacian sudar copiosamente las involuntarias hostilidades del muchacho...

La señora prosiguió : — Aun no hace una semana que Eduardo me dijo positivamente que todavía permaneceria en Pamplona por lo menos un mes, que es lo que, segun el cirujano, necesita para curarse enteramente : pero al dia siguiente supe que ya estaba haciendo preparativos de viaje. Yo no puedo adivinar cual haya sido la causa de tan repentina mudanza. — La jóven se puso sumamente encendida. — La madre continuó : Me lisonjeo de que no podrá quejarse del trato que en nuestra casa ha recibido, porque, aunque hubiese sido hijo mio, es bien seguro que no hubiéramos hecho mas. Eso sí, el pobre jóven lo merece todo. ¿ Te acuerdas, Isabel, del estado en que llegó, pálido, cubierto de sangre y sin fuerzas siquiera para hablar? »

La jóven no contestó : bajó los ojos y un instante despues los le-

(1) En las montañas de Navarra llaman *bordas* á las chozas en que se recoge el ganado.

vantó hácia su vecino del vidrio, dirigiéndole una mirada que quería decir algo, pero cuyo sentido no era fácil adivinar.

Una compañía de cazadores pasaba en este momento. Mandábalala un teniente de veinte y tres ó veinte y cuatro años. Sus facciones, sin ser de las más regulares, tenían un no sé qué de noble é interesante. La palidez de su rostro y su paso no del todo firme daban indicio de que acababa de salir de una larga enfermedad, cuyo carácter determinaba claramente su brazo izquierdo, envuelto en un pañuelo y sostenido por una venda. Estaba tan distraído que no reparaba en ninguno de los objetos que le rodeaban. Mil saludos le fueron dirigidos desde el gentío y á ninguno contestó. Por fin, al pasar delante del coche, hirió su oído una voz infantil que le llamaba. Alzó la vista y divisó al niño, que, depuesta su marcial ferocidad, y dejando caer la trompeta, con los ojos llenos de lágrimas, alargaba sus manos hácia él, encargándole que volviese pronto. La madre le saludaba con el abanico, enternecida al parecer. Isabel le miró con una amarga sonrisa, y abrió los labios como para decir algo; pero el joven de los bigotes perfilados llamó su atención, hablándole en voz baja y, según pudo juzgarse por su fisonomía, dirigiéndole alguna queja. El rostro pálido del oficial se cubrió de fuego de repente, como con una erupción volcánica. Quiso hablar, pero la voz no salió de sus labios; y arrastrado en el movimiento general de la columna, como la hoja de un árbol en medio de la corriente de un río, una muralla de bayonetas y moriones le encubrió á breve rato el misterioso carruaje.

El niño lloraba, diciendo que ya no tenía quien le enseñase el ejercicio, y le hiciese sables con papel plateado. La madre dijo que rezaría por la feliz vuelta del interesante, aunque atolondrado muchacho. Los dos jóvenes se hablaban en voz baja. El filisteo se lisonjeó de que con la salida de esta columna podría venir carbón á Pamplona, y bajaría de este modo su precio, que á la sazón era exorbitante.

Un cuarto de hora después, una nube de polvo, que á lo lejos se desprendía del camino como niebla, era lo único que se veía de la columna.

II.

El sol se escondía detrás de un enorme peñasco de la sierra de Aralar.

En un valle encajonado por dos altas montañas se divisaba un numeroso cuerpo de gente armada con artillería y muchos bagajes, descansando con orden mientras una nube de tiradores se adelantaba á explorar un bosque que se hallaba en la falda de uno de los dos montes. Retumbaban en tanto algunos tiros, y entre los árboles ya cubiertos de sombra brillaban los fogonazos como exhalaciones fosfóricas.

Media hora después cesó el fuego, y la columna se puso en movimiento. Un grupo considerable de gente armada se apareció al mismo tiempo en la cresta de la montaña, recortándose, como un montón de puntos negros, sobre el reflejo moribundo del sol; y después de haber hecho una descarga á las tropas de la reina, que salían del bosque, se hundió del lado opuesto.

Entre tanto una compañía de cazadores, que desde el principio había sido destacada para flanquear la posición que se suponía ocupada por los rebeldes, seguía el fondo de un barranco bastante retirado del punto á que debía concurrir. Las cornetas de la columna repetían sin cesar el toque de llamada y retirada, y varios ordenanzas recorrían el monte en todos sentidos en busca de esta compañía, que hundida entre mil peñones, como en una tumba, no podía oír las señales, ni descubrir á los que buscaban sus huellas, y que, engañada por la luz dudosa del crepúsculo, se iba alejando cada vez más de la verdadera dirección.

El oficial que la mandaba se hallaba ya tan exhausto de fuerzas, que tenía que apoyarse en uno de sus soldados para subir la fatigosa cuesta que se hallaba á su frente. Al ver la palidez de su rostro, la lánguida y casi moribunda expresión de su fisonomía, fácil era reconocer al teniente Eduardo M...., que ya hemos visto á su salida de Pamplona tres días antes.

La noche cerraba por momentos, y con ella crecía el ansia del pobre joven, que se hallaba completamente desorientado. En vano hizo tocar varias veces su corneta: el eco solo le contestó con su voz prolongada y de mal agüero. Finalmente, llegado á una pequeña plataforma rodeada de encinas, mandó hacer alto á su gente con el fin de recobrar un poco de aliento, porque ya ni fuerzas le quedaban para tenerse en pie, y al mismo tiempo envió descubridores en distintas direcciones, para reconocer el terreno y ver si encontraban camino ó senda que los condujese á algún punto habitado, en que adquirir noticias.

Media hora hacía ya que descansaban, y habían vuelto casi todos los descubridores con nuevas poco consoladoras, cuando sonó á corta distancia en el monte un tiro, al cual siguieron otros tres ó cuatro. Eduardo hizo tomar las armas á su gente, y como si la idea del peligro hubiese disipado sus males y derramado en su pecho nueva vida, mandando á sus soldados que permaneciesen en silencio, se adelantó solo hácia el paraje en que se había oído la señal de alarma. Pocos pasos había andado, cuando sonaron bastantes tiros á su espalda y oyó muy cerca el relincho y los pasos de un caballo y una voz que decía: «No tireis, amigos, que soy del 5º ligero, y vengo en busca vuestra.»

— ¡Bendita mil veces la Providencia! exclamó Eduardo al oír esta voz que le pareció venida del cielo: y ansioso de ver cuanto antes al que llegaba tan á punto para sacarle de las asperezas en que se había extraviado, quiso avivar el paso; pero sus piernas

mal seguras se enredaron en una rama, y cayó sobre las piedras con tal violencia que perdió el sentido.

Cuando le hubo recobrado, sintió empapado y en extremo dolorido su brazo izquierdo, y mirando á la luz de la luna, que ya brillaba con todo su esplendor en el horizonte, vió que la humedad era de sangre: su herida se habia vuelto á abrir al golpe que dió en una peña. No podía saber cuanto tiempo habia durado su desmayo; pero el curso de la luna, que apenas asomaba en la cresta del monte cuando él dió su caída, y que á la sazón se hallaba á cierta altura, le indicaba que habia durado bastante tiempo. Un silencio profundo reinaba en derredor de él. Levantóse penosamente, y parándose á cada paso para respirar, y apoyándose en los árboles, llegó por fin á la plataforma en que habia descansado con su tropa: pero estaba desierta. Llamó por sus nombres á varios de sus soldados y sargentos: nadie le respondió....

Imposible seria dar una idea del abatimiento en que cayó el pobre jóven, al verse solo, estropeado, en medio de la montaña, en una de las situaciones mas horribles que puede concebir la imaginación humana. No obstante, empezó á andar hácia donde se le figuró que se habrían retirado sus soldados: pero al cabo de media hora, desesperanzado de encontrar sus huellas, y ya enteramente falto de aliento, se dejó caer como muerto sobre un peñasco.

La naturaleza estaba tranquila, el cielo despejado, la luna con todo su esplendor. Cuanto le rodeaba era gigantesco. A sus piés se despeñaba un torrente, escupiendo hasta donde él estaba una espuma densa y ligera como niebla: el fragor del agua que azotaba los peñascos era lo único que daba alguna vida, algun movimiento á aquel paisaje. Del otro lado del torrente, se veía un pequeño monte despejado de árboles y cubierto de esa yerba resbaladiza como hielo, que suele hallarse en la cumbre de las altas montañas de Navarra. Detras de este monte, un enorme peñon alzando sobre todos los cerros vecinos su frente quebrantada y renegrida, como el gigante de la montaña. A la derecha formaba esta un ancho boquete, por el cual se descubría un valle, que aparecía vaporoso como una inmensa laguna, y en el cual buscaba en vano la vista un objeto en que detenerse.

Al principio cayó Eduardo abrumado, como si se hubiese desplomado sobre él un monte entero. Nada veía, nada oía, todo era sombras, silencio, caos... La fatiga de sus miembros, la opresión de su pecho y el horror de su situación formaban en él un conjunto en extremo penoso, pero vago é indeterminado: padecía cruelmente y no sabia de qué. Pero al cabo de un rato, el frio de la noche, la humedad que del torrente se exhalaba y el agudísimo dolor de su brazo le sacaron del letargo, y le llamaron de nuevo á la vida.

Entonces pensó seriamente en la situación horrible en que se hallaba, solo, sin fuerzas para dar un paso, perdido en medio de

las montañas que en todo tiempo fueron la guarida de rebeldes y facinerosos.... Y por un movimiento natural volvió interiormente la vista hácia el tiempo pasado, hácia la semana última. ¡Qué diferente situación! — Veíase en una sala adornada con elegancia, blandamente reclinado en un comodísimo sillón, clavados los ojos en una jóven que él contemplaba como á una aparición celestial, y escuchando las melancólicas modulaciones del *último pensamiento* de Weber, con el recogimiento con que nuestros mayores debieron oír la palabra de Dios, tremenda al par que melodiosa, en medio del estallido del trueno y el retremblar del firmamento. ¡ Ah! cuántas veces, al escuchar este vals, aun cuando ninguna nube empañaba el bello horizonte de su porvenir, se hincharon de lágrimas los ojos de Eduardo y sintió en su pecho una opresión vaga, dolorosa, de aquellas que no se pueden explicar porque todo en ellas es misterio, y que no es posible concebir á no haberlas experimentado personalmente!...

¡ Prodigioso poder, el del músico!!!

El pintor observa los objetos que contiene la naturaleza, los combina en grupos mas ó menos complicados, varia á veces sus formas y sus colores, dándoles las de otros objetos, pero siempre copia: sus creaciones, ininteligibles para los hombres vulgares, no son sino la pintura fiel de un tipo que existe ó ha existido, una imitación de cosas que han visto sus ojos ó que su imaginación le representa con todos sus colores.

El poeta es un pintor. Al dibujante pertenecen el exterior, las formas materiales, las propiedades visibles de los objetos, las impresiones que en nuestro físico estampan las pasiones, el prestigio de la luz y del colorido. El poeta se apodera del interior, penetra los misterios, lee en el alma, pinta lo invisible, da formas á lo que no las tiene, presenta al hombre desnudo de la corteza exterior y aprecia justamente sus acciones, no por los resultados, sino por la intención que presidió en ellas; en una palabra, analiza y pinta las causas cuyos efectos materiales copia el pintor. Para esto observa continuamente el corazón humano, se observa á si mismo: esta es la ocupación que llena su existencia. Estudia y copia.

El músico ¿ de dónde saca sus inspiraciones? Este si que es un misterio impenetrable para los infinitos á quienes no ha concedido el cielo el inestimable don de la música. El pintor ve cuadros hechos en la naturaleza: el poeta los halla igualmente en ella y en el corazón humano: el músico oye en los aires esas celestiales melodías, que traslada luego á una forma perceptible á nuestros sentidos y que tan profunda impresión hacen en ellos, obrando de un modo misterioso é invisible, como una esencia mágica que se filtra insensiblemente en nuestras venas. Así sucede que cuando nos sorprende la música en una situación moral algo exaltada, su impresión es sumamente duradera y tal vez eterna. ¿ Quién hay, por ejemplo, dotado de un alma sensible, de una imaginación algo ar-

diente, que al oír cierta aria ó cierta contradanza, no recuerde con emoción el día en que por última vez la oyó cantar, ó bailó con aquel ser que es una necesidad de nuestra existencia, y que nuestra imaginación se complace en rodear de cuantas perfecciones es susceptible la naturaleza humana?... La música, en ciertos casos, es un libro de historia. Una aria, un vals abren á una imaginación juvenil mil páginas en que lee épocas enteras.

El último pensamiento de Weber (1) fué siempre el trozo predilecto de Eduardo, porque su alma naturalmente melancólica hallaba en él un lenguaje enteramente simpático y que hería profundamente su sensibilidad.

III.

Herido en un brazo Eduardo en un encuentro con los rebeldes, le alojaron en Pamplona en casa de doña Mencia de R***, viuda de un rico propietario, señora en extremo bondadosa, que vivía con su hija Isabel y con el niño que ya conocen nuestros lectores. Dos meses y medio permaneció Eduardo en esta casa; y el esmerado trato y las demostraciones de cariño que le prodigaron la señora y sus hijos, acabaron por identificarle de tal modo con la familia, que amaba á la primera como á una madre, y como á hermanos al niño y á Isabel; si bien, á decir verdad, esta última ocupaba en su corazón un lugar algo distinto del que á una hermana está reservado. — ¿Y cómo pudiera ser de otro modo?

De los horrores del campo de batalla, de la aspereza de los montes y la miseria de las chozas, se había visto el pobre jóven transportado, como por encanto, á una habitación deliciosa en que todos los objetos halagaban su vista, y cuya atmósfera templada y saludable brindaba al descanso. El duro trato de la gente de guerra, sin piedad ni consideraciones, se había trocado en una dulzura, en una mansedumbre de que casi había perdido ya Eduardo la memoria. Las conversaciones soeces de los soldados, empedradas de juramentos, blasfemias y maldiciones, se habían cambiado en dulcísimos coloquios con unos seres, cuyo principal y casi único anhelo parecía ser el de procurar algún alivio á sus dolores. En los momentos más penosos, cuando las esquiras de su brazo se rozaban, cuando la fiebre enardecía su sangre y reseca sus labios, sus amables patronas, sentadas al lado de su lecho, procuraban distraerle con su conversación, prodigándole cuantos consuelos se hallan al alcance de una mujer en estos casos. ¡Y son tantos!... Así es que su voz, y en particular la de la jóven, aun en los momentos en que los dolores ó el delirio no le dejaban entender lo que decían, resonaba en los oídos de Eduardo como una música

(1) Se asegura que este vals es de Reissiger y no de Weber; pero lo que es indudable es que este último gustaba en extremo de él, y que lo escribió una noche pocas horas antes de morir. ¡No parece sino que ya veía á los seres de este mundo como sombras, y abierto á sus pies el insondable abismo de la eternidad!!

celestial, presagio de celestiales bienes, que le ligaba á este mundo y le detenía, aun cuando el alma parecía querer desprenderse de sus entrañas.

Luego que su herida le permitió levantarse y salir, empezó á acompañar á paseo y á casi todas partes á doña Mencia y á su hija. Las noches las pasaba igualmente en su compañía, ya leyendo en alta voz mientras ellas se dedicaban á sus labores, ya escuchando embelesado junto al piano los trozos de música que con esquisito gusto tocaba Isabel, y bebiendo insensiblemente y con un placer vago é indefinible el veneno que al fin había de desterrar para siempre de su existencia la paz y la alegría. Eduardo jamás había hablado de amor á Isabel, ni él mismo, en verdad, había tratado aun de analizar las sensaciones que experimentaba. Hallaba un encanto extraordinario en la compañía de la amable jóven, la cual por su parte no mostraba empeño ninguno en huir de él; pero la inquietud interior que sentía, no tenía aun causa ni objeto aparente. La nube está preñada de electricidad, pero se ignora su existencia, hasta que algún choque la revela, ocasionando la explosión.

Don Anton R***, el colosal hermano de doña Mencia, acostumbraba á los principios ir á casa de esta dos días por semana, acompañándole algunas veces el jóven que vimos en el coche, en las primeras páginas de esta historia, que era sobrino de su mujer. Pero de repente empezaron á menudear las visitas de estos dos personajes y en especial las del último, que á poco tiempo acabó por pasar los días enteros en esta casa, en donde comía y aun con frecuencia cenaba. Estas visitas causaban una desazon cruel á Eduardo, que apenas tenía ya ocasión de ver sola á Isabel, á cuyo lado se fijaba don Diego desde que llegaba por la mañana, hasta la hora de retirarse por la noche. Estas contrariedades hicieron por fin reventar la mina, y nuestro jóven conoció, aunque demasiado tarde, que el mal que le roía las entrañas no era otra cosa que celos, hijos del amor frenético que le consumía.

Resuelto, pues, á declarar abiertamente su pasión, una noche, después que se hubieron retirado don Anton y su sobrino político, se acercó Eduardo á Isabel, pálido y trémulo como el reo á quien van á leer su sentencia de muerte, y después de algunos preámbulos, dijo que deseaba hablarle en secreto algunos instantes. Ella le contestó, sonriéndose (y al mismo tiempo se puso encendida como la grana), que lo haría con tanto mayor gusto, cuanto también tenía ella que confiarle alguna cosa, como á un buen amigo, de cuya discreción y honradez estaba segura.

Para un amante, una palabra, una mirada dicen tanto como el discurso más prolijo, sobre todo si puede interpretarse favorablemente. Considérese, pues, el efecto que producirían en el ardiente jóven las que acabamos de oír. Inundáronse sus ojos de lágrimas de alegría, y asiendo tiernamente una de las manos de Isabel

la conjuró que no dilatase un instante mas el confiarle su secreto.

Ella entonces, bajando los ojos y entreteniéndose maquinalmente en arrugar con una mano la punta de su delantal, le dijo que, sabiendo lo mucho que él se interesaba en su suerte, creía deber participarle una gran novedad.... el enlace que, dentro de dos semanas, debía verificarse entre ella y su primo político don Diego de N...., jóven de bellas prendas y que la amaba entrañablemente.

Un rayo no hubiera obrado con mas violencia sobre Eduardo. Sus ojos húmedos de lágrimas se secaron de repente, clavándose en el suelo con la espresion de un hombre que medita algun plan siniestro: su frente se plegó en mil arrugas, y brotó sangre de su labio inferior, que él mismo se mordió maquinalmente; sus dedos se comprimieron convulsivamente, arrancando un pedazo de cortina que tenía en la mano.

Isabel, alarmada de tan repentina mudanza, le preguntó qué tenía, pero él sin contestar se retiró á su aposento, cerrando estrepiosamente la puerta.

A la mañana siguiente le vieron salir de casa muy temprano, y no volvió hasta la noche. Sus facciones desencajadas revelaban las tormentas que agitaban su espíritu.

Seis dias despues, sus patronas le veian salir de Pamplona con una columna.

IV.

Reconcentrado en sí mismo largo rato, recorrió Eduardo en su imaginacion toda esta época que acabamos de describir, y el recuerdo de las pasadas felicidades no hizo sino ahondar sus heridas y envenenarlas mas y mas, aumentando el horror de su situacion presente. Pensaba, por una parte, en Isabel, ese ángel de luz que en los momentos mas terribles, en que, como una lámpara pronta á apagarse, fluctuaba su alma entre el mundo y la eternidad, habia sabido derramar en su pecho casi helado nuevo calor, nueva vida con sus consuelos; pero ese mismo ángel no veia en él sino á un hombre: la compasion habia sido el único móvil de sus acciones, y los mismos consuelos hubiera prodigado indudablemente á otro cualquiera que se hubiese hallado en la misma situacion que Eduardo. Esta conducta, que en otra muger ó en otras circunstancias no hubiera hecho sino aumentar á sus ojos el mérito de la jóven, le pareció injusta, cruel, cuando tuvo que renunciar á todas las ilusiones que en su delirio habia concebido, cuando vió disiparse como humo el mundo ideal que le habia forjado su imaginacion. Isabel no le amaba, ni su alma se hallaba dotada del temple necesario para poder amar (claro es que no usamos esta palabra en la acepcion en que por un abuso suele tomarse, sino con toda la ener-

gía que se encierra en su sentido exacto). Buena por naturaleza y por el ejemplo de su madre, Isabel no pasaba de ser una muger vulgar, en cuanto á sentimientos: incapaz de concebir un crimen, como de comprender un rasgo heróico ó una pasion profunda. Eduardo necesitaba un alma de fuego para unirse y simpatizar con la suya; y en donde creyó encontrarla solo halló un alma estéril, solo hielo. La escena de que hemos sido testigos la noche de su declaracion decidió para siempre de su suerte. ¡Que sea de tan poco peso el destino de un hombre, que un grano de polvo, una palabra, un soplo, puedan arrastrarlo y sumirlo para siempre en la desgracia!!....

Enteramente arrecido por el frio de la noche, y pegados á sus rodillas sus pantalones empapados por la humedad del torrente, tiritaba el pobre jóven en el duro lecho que le habia dado su desesperacion, y se recreaba interiormente en considerar la dulzura de un buen fuego, de una atmósfera consoladora, del mismo modo que un enfermo solo sueña en los encantos de la salud y un preso en el halago de la libertad. Por fin, atormentado igualmente por su imaginacion y por las punzadas de su herida, se levantó delirante, resuelto á poner término de una vez á todos sus males, atravesándose el corazon con la espada.... Pero ni este recurso le quedaba; la vaina estaba vacía.... el acero habia desaparecido, saltando de ella, sin duda, cuando dió su terrible caida....

— Si al menos hallase algun precipicio bien hondo, hondo como el infierno, en que supiera deshacerme como espuma al caer!!... exclamó por fin con voz sepulcral, subiendo penosamente al monte que se hallaba á su espalda: y al cabo de un rato prosiguió: — Estas montañas, que han servido de sepultura á tantos millares de hombres, ¿me la rehusarán á mí...? No. La providencia es justa.... ya no debo vivir.... no lo puedo.... Y en efecto ¿qué vinculos me unen á la tierra? ¡Una madre!... Ella me llorará, si, mucho tiempo; pero si supiese lo que padezco, si viese el miserable estado en que se halla su hijo.... ¡Oh! pediria á Dios que le concediese un eterno descanso.... Y luego, las caricias de mis hermanos mitigarán su dolor, acabarán por consolarla; y llegará un dia en que, sentada al lado del fuego, les hable de su hijo mayor, como de un ser que pasó por este mundo sin dejar rastro, como un sueño: les hablará de mí como de una de las innumerables victimas que se hundieron en la sima de la guerra civil. Y sus hijos escucharán en silencio su relacion, y cada uno pintará á su modo en su imaginacion al hermano de que tan confusa imágen les conservará entonces su memoria.... Que aun son muy niños, y su corazon, como la arena del desierto, como el agua de la laguna, no puede conservar largo tiempo ninguna impresion. Y fuera de mí madre.... ¿quién me llorará en este mundo, quién?... — Y permaneció en silencio como si esperase una respuesta.

Al ruido de su voz, se estremecieron las ramas del árbol que en

aquel instante le servía de apoyo, y se desprendieron asustados tres ó cuatro grajos, lanzando graznidos, que, en medio del silencio de la noche, resonaron en todo el monte, lúgubres y siniestros como un eco de muerte. Eduardo se sintió desfallecer. — «Estos, prorumpió con voz apagada, estos son los que cantarán mis funerales, los que frecuentarán mi tumba, y cruzarán el aire triunfantes con mis despojos para delicia de sus polluelos... ¡Qué horror! ¡qué horror!...»

El ladrido de un perro sonó á alguna distancia.

Eduardo se levantó para escuchar mejor. El perro volvió á ladrar, y él empezó á dirigirse maquinalmente hácia el paraje de donde parecía venir aquel sonido.

Cerca de media hora habria andado ya, sin volver á oír nada, ni divisar ninguna huella humana ni señal de habitacion, y empezaba á sospechar que el ladrido habria sido una mera ilusion, cuando entre los árboles descubrió el resplandor de una hoguera. Acercóse lentamente á ella, y al cabo de pocos minutos oyó cascabeles y cencerros de ganado, que le hicieron conocer que se hallaba cerca de una *borda*. Al ver la llama y al considerar el consuelo que experimentarí con su calor su cuerpo todo, entumecido por el frio, y el alivio que le procuraría un poco de leche, estenuado como estaba de hambre, de cansancio y de dolores, hizo la naturaleza humana su efecto: el instinto de la conservacion triunfó de las congojas del espíritu en aquel momento en que la debilidad física ya casi rayaba en estincion.

Acercóse, pues, á una choza que estaba junto á la borda, y de la cual salía el resplandor. Los perros empezaron á ladrar con furia, y dando vueltas en torno de él, parecían dispuestos á despedazarle. Al ruido salieron de la choza dos hombres armados de sendos garrotes. Eduardo, dando diente con diente y doblándosele las piernas de necesidad, les pidió que le albergasen por aquella noche; pero ellos le contestaron en su dialecto, de que él no entendía una palabra. No obstante, un peso duro le sirvió de intérprete, y un momento despues se hallaba dentro de la choza.

Era esta bastante capaz. Las paredes medio arruinadas de una antigua borda formaban sus lados, sosteniendo la techumbre, que se componía de ramas verdes y tierra, si bien en algunas partes, y en especial hácia el centro, tenía algunos boquetes bastante anchos, por donde se escapaba el humo de la pequeña hoguera, cuyo resplandor habia servido de norte á nuestro jóven.

Sentado al lado del fuego, cuyo calor hacia humear sus vestidos enteramente empapados, se puso este á examinar á sus huéspedes, cuyo exterior nada tenía ciertamente de amoroso. Uno de ellos, enteramente vestido de pieles atadas con cuerdas en derredor de sus piernas y cuerpo, presentaba, con su pelo rojo, su barba de un mes, sus cejas en forma de matorrales y sus labios espartosos y entumecidos, un conjunto salvaje con alguna semejanza lejana

á un hombre. Su edad frisaba en los cuarenta y cinco. El otro pastor estaba algo mejor vestido, si bien sus pantalones parecían de mosaico, y su chaqueta, azul en mejores tiempos, dejaba asomar por bastantes partes una amable sonrisa. En la cabeza tenía una *boyna* ó gorro baigorriano colorado, que es uno de los distintivos de los habitantes de las provincias Vascongadas. Estos dos entes, en suma, eran de esos que no quisiera uno encontrar en la montaña, á orillas de un precipicio, en una noche de tempestad.

Eduardo, no obstante, aceptó con gusto la leche, queso y pan de maiz que le ofrecieron.

Mientras él devoraba estos manjares, tenían los dos pastores una conversacion sumamente animada, echando con frecuencia miradas significativas á su huésped, que, ocupado esclusivamente en satisfacer la primera necesidad de la naturaleza, no se curaba de modo alguno de sus discursos. Cierta es que no entendía ni una palabra de cuantas ellos pronunciaban, pero esto mismo habria bastado en otra ocasion para causarle bastante inquietud: porque, aun en las circunstancias ordinarias de la vida, suele inspirar cierta desconfianza, ó cuando menos disgusto, el oír hablar en un idioma que no se entiende: siempre cree uno que es el objeto de la conversacion. El hombre de las pieles parecia empeñado en persuadir á su compañero alguna cosa, que este rehusaba, moviendo continuamente la cabeza en ademan negativo, y enseñando de cuando en cuando el duro que habian recibido de su huésped.

Este, por su parte, apenas hubo contentado algun tanto su estómago, y desterrado de sus miembros el estupor que los tenía embotados, sintió que se le doblaba la cabeza y se cerraban sus párpados, y despues de algunos esfuerzos inútiles para sacudir el sueño, rindiéndole enteramente el cansancio, se dejó caer sobre una zalea, y pocos instantes despues dormía profundamente.

Casi al mismo tiempo salió de la choza el pastor de las pieles.

El dulce calor que se insinuaba por momentos en los miembros de Eduardo, el alimento que acababa de tomar y el descanso que á la sazón gozaba, no podían dejar de influir agradablemente en su sueño, al menos en los primeros instantes.

Al pronto, solo divisaba vapores; presentía una existencia, pero aun no tenía color; veía objetos, pero sus formas eran vagas como la niebla. Poco á poco se fué animando todo á su vista, los objetos fueron adquiriendo relieve, y por fin se desplegó á sus ojos un cuadro entero de la vida real.

Hallábase en un hermoso salon, alumbrado por millares de bugias, entapizado de sedas y espejos, y embalsamado el aire con los aromas mas esquisitos. Un brillante concurso de damas y galanes lo llenaba. Reinaba un profundo silencio, como en un castillo encantado. De repente se oyó una música celestial, unos acentos que no eran nuevos para Eduardo y que le hicieron derramar lágrimas de júbilo y de ternura. Una jóven cubierta de aderezos, que

bullian en torno de su garganta y en medio de su negra cabellera, como gotas de rocío que tiemblan al sol, era la que producía aquellos sonidos tan armoniosos. Esta muger era Isabel. Eduardo quiso acercarse á ella, pero sus miembros rehusaron obedecerle: quiso hablar, sus labios no se movieron. Hallábase en la situación de un hombre que, en medio de un accidente que destierra la vida de todo su cuerpo, excepto de la cabeza, conserva el conocimiento, pero no tiene fuerza ni siquiera para mover los párpados, ó abrir ó cerrar los ojos: situación horrible que con harta frecuencia suele acongojarnos de entre sueños.—El baile empezó, por fin. Un vestido color de rosa, blanco y trasparente como una gasa, revelaba las formas elegantes, al par que modestas de Isabel. Un jóven, con un ramo de flores en la mano, se acercó á ella y se lo ofreció y la sacó á bailar. Mil veces pasaron los dos valsando delante de Eduardo, que reconoció en el jóven á don Diego de N***; Isabel dejaba en pos de ella un rastro de aromas y frescura. Concluido el vals, el dichoso jóven estrechó en sus brazos á su compañera, y selló en su frente pura el ósculo de paz: ya era su esposo. Al cabo de un rato pasó Isabel delante de Eduardo y le reconoció; y entonces, soltando una carcajada sardónica, y bañándose todo su rostro en un resplandor infernal, estrechó de nuevo en sus brazos á su esposo, y empezó á cantar en tono de burla y con una voz llena de vibraciones metálicas, el vals del *último pensamiento de Weber*, que tantas veces habia tocado en otros tiempos para complacer á Eduardo. Hallábase este inundado de un sudor frío como hielo: su garganta oprimida por un nudo fatigoso dejaba escapar su respiración con dificultad y por intervalos desiguales, produciendo un ronquido semejante al de un moribundo.—Entonces cambió la escena. Se vió perdido en el monte, á orillas de una sima. Acercóse á ver su profundidad; y al contemplarla, todos los objetos que le rodeaban empezaron á dar vueltas á sus ojos: sintió con angustia que se apoderaba el vértigo de su cabeza, y para no caer, se abrazó con un árbol que se hallaba á la orilla; pero crujieron sus raíces y empezó á doblarse rechinando hácia el abismo al peso del angustiado jóven. Este, entonces, falto ya de fuerzas y de ánimo, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas en la sima. La conmoción fué tan violenta que despertó.

La herida de su brazo le hacia sufrir agudos dolores. Su pecho latía desigual y violento como el de un enfermo abrasado por la fiebre. La choza estaba desierta, la hoguera apagada. Fuera, se oían los pasos de uno de los pastores que se ocupaba silbando en sus faenas. El frío era excesivo, el cielo empezaba á aclararse, y el oscuro esmalte de la noche se iba convirtiendo en el gris plateado del crepúsculo. Las ovejas con sus balidos indicaban que ya se acercaba la hora de que las dejasen salir al campo. A lo lejos, en los árboles se oían algunos graznidos.

Eduardo se envolvió en las pieles, y disipadas las causas que

puieron inspirarle algunas ilusiones, se halló friamente delante de la realidad, y conoció todo el horror de su situación. La luz, que iba bañando por instantes todos los objetos vecinos, le incomodaba en sumo grado: no le parecía sino que ella habia de venderle á sus enemigos.

En esto ladraron los perros, y algunos bultos negros interceptaron la luz que entraba por la puerta de la choza. Al ver aquellas sombras de mal agüero, quiso Eduardo levantarse... pero unos brazos de hierro le enlazaron, y brillaron delante de su pecho algunas bayonetas, profiriendo al mismo tiempo los agresores mil amenazas, que él no pudo entender, si bien el tono de voz y los ademanes con que las acompañaban no podían dejarle la menor duda acerca de su sentido.

El pastor de las pieles se despidió amigablemente de los *aduaneros* (1) y echó á andar con su ganado tarareando una canción muy parecida por su armonía á los mugidos de una vaca; y Eduardo, escoltado por seis hombres de miserable, cuanto siniestra apariencia, desapareció poco despues entre los árboles.

V.

Era cuatro días despues.

Todas las ventanas de Elizondo estaban abiertas para dar paso á la brisa deliciosa que corría. En los jardines que rodean á esta lindísima ciudad en miniatura, se paseaban pacíficamente muchos soldados facciosos, persiguiendo gallinas, estudiando botánica en las huertas, y consultando en los cerezos el estado de la vegetación (2).—Pero un espectáculo mas interesante nos llama á una de las casas de la calle principal.

En un miserable aposento, cuya ventana, cerrada con una reja de hierro, cae sobre el rio, se halla recostado en un jergon un jóven, que conocemos por sus desgracias, pagando á la naturaleza el tributo que le han negado varias noches pasadas en continua agitación, en medio de las mayores asperezas de Navarra. El sol, que entra de lleno por la ventana, baña su rostro pálido, ajado por los dolores y la fatiga. Su frente se ve arada por arrugas que medio mes de sufrimientos han estampado en su tersa y juvenil superficie, y un ribete azulado circunda sus ojos. Las vendas que rodean su brazo izquierdo, llenas de sangre y lodo, rasgadas en distintas partes y en un completo desorden, dejan ver la excesiva hinchazón y funesto aspecto de aquel miembro. No obstante, su sueño es tranquilo y aun vaga en sus labios una sonrisa impercep-

(1) Facciosos que siempre andan en pequeñas partidas, y cuyo oficio se reduce á robar y asesinar en detalle.

(2) Debe tenerse presente que hasta julio ó agosto del año pasado (1835) no pusimos guarnición en Elizondo.

tible; que sin duda la naturaleza tiene embotados en este momento los dolores del cuerpo y las congojas del ánimo, y además de esto, rara vez deja la juventud de derramar alguna flor sobre los males que afligen á la humanidad. De repente, esta sonrisa empieza á pronunciarse mas y mas, parece que su frente se despeja, y aun sonrosado casi imperceptible baña sus mejillas. Unos acentos melódicos que acaban de llegar á sus oídos son los que causan esta dulce impresion, y le tienen durante un rato suspenso, y como arrebatado á una esfera celestial. Empero los sonidos adquieren intensidad, crece el ruido, y Eduardo despierta. No ha sido una ilusión, no un sueño: la música continua, alegre y estrepitosa como el canto de los soldados. Una guitarra y media docena de voces roncadas, acompañadas de palmadas, que marcan el compás, son las que producen estos sonidos, que, entre sueños y como rodeados de vapores y de misterio, le habian parecido tan melódicos.

El paso del mundo ideal, en que durante algunos instantes se habia hallado el infeliz, á la vida real á que habia vuelto á caer, era verdaderamente terrible. Un crucifijo que estaba sobre un escaño, único mueble que se hallaba en toda la habitacion, le recordaba su próximo fin, que le hacian desear sus males hasta cierto punto. Sin embargo, dejar este mundo en la primavera de la vida, cuando todo en él sonreía y solo presentaba el porvenir flores y cielo; ver esconderse el sol detras de una montaña siempre verde, respirar una brisa embalsamada por los árboles y por las plantas aromáticas; ver deslizarse á sus piés el manso Bidasoa, cuyas aguas se encaminan á Francia y pudieran conducirle en breves horas á aquel país hospitalario, si fuese algo menos que un hombre; ver todo esto y considerar, que cuando ese sol amanezca estarán cerrados sus ojos para siempre, que esa brisa jugará dentro de poco con las melenas de un cadáver, y que el curso del río no se agitará de modo alguno porque se cometa un homicidio... todo esto es horrible... y Eduardo estaba pálido como un muerto.

Las risotadas de los músicos le sacaron de su meditacion. Una voz vinosa cantó, ó por mejor decir, berreó la siguiente copla:

« Bien hayan los nueve meses
Que tu madre te trujo
En el vientre de su tripa
Para casarte con yo (1). »

Y volvieron á resonar, todavía con mayor violencia, las bestiales carcajadas. Eduardo mismo no pudo menos de sonreírse al oír tan estúpida cancion, si bien la alegría de aquella gente formaba un contraste cruel con la situacion en que él se hallaba.

No obstante, se arrimó maquinalmente á la ventana, para ver

(1) Es auténtica.

el alegre grupo que, en frente de ella y del otro lado del río, con tanta tranquilidad se solazaba: mas no bien lo hubo verificado cuando un tamborcillo, metido en una enorme casaca, que para él era un traje talar, comenzó á gritar con todo el vigor de sus pulmones: ¡Pachin! ¡Garduño! ¡Coliflor! venid aquí... á ver al oficial cristino, que van á fusilar esta tarde. ¡Pronto! ¡pronto! —Y cesó la música, y volviéndose todos los ojos hácia la ventana de Eduardo, empezaron los silbidos y las injurias en vascuence y en castellano. El conoció al instante la necesidad de retirarse al interior de su aposento; pero no lo hizo tan á tiempo que pudiese evitar el golpe de un troncho lleno de fango, que de abajo le arrojaron, y que vino á aplastarse en una mano que tenia apoyada en la reja, llenándose de inmundicia.

Encendióse en ira el jóven, y lanzando una mirada fulminante á la chusma que así le ultrajaba, fué á lavarse la mano en un cubo que se hallaba en un rincón de su cuarto. Al verificarlo, reparó casualmente en una sortija toda negra de humedad y de tierra, que tenia en un dedo de la mano izquierda; y como si hubiese herido su imaginacion una idea luminosa, se la quitó y empezó á limpiarla con particular esmero. A poco rato, arrojaba un brillo prodigioso el magnífico diamante que en ella estaba engastado.

—Singular casualidad, exclamó, poniéndolo á la luz para que produjese mas vivos destellos; singular casualidad, por cierto, que me hayan dejado esta joya, los que para registrar bolsillos y escudriñar escondites, nada tienen que envidiar á los hurones. La costra que la cubria fué causa de que no pusiesen los ojos en una cosa, que para mí tiene mas valor en este instante que todas las armas, que todos los bienes del mundo! Como que acaso le deberé la vida!... ¡La vida! ¡infeliz de mí! ¿habrá quien quiera venderme la mia por un pedazo de vidrio?... ¿Venderme la suya?... Que nada menos aventura el que me ponga en libertad... ¿Y para qué la vida? ¡para padecer los tormentos del infierno!!... ¡Insensato! ¡yo deliro!!

Ya hacia rato que el sol se habia ocultado detras de las vecinas sierras, cuando se iluminaron las rendijas de la puerta, sonaron pasos en la pieza inmediata y entró un hombre de alguna edad, alto y seco, con un rollo de papeles en la mano, una linterna, y pendiente del hombro izquierdo una charretera de las que hace quince años se gastaban, pequeñas y á guisa de garra de león, señal de su dignidad militar.

—¿V. sabe la suerte que le espera? —prorumpió, sin mas fórmula de introduccion, con un acento catalán muy pronunciado y en un tono de voz tan seco como su fisonomia; y viendo la frescura con que el jóven le respondió afirmativamente, prosiguió:

—¿Tanto le molesta á V. la vida?

Eduardo no contestó; pero la espresion de su fisonomia pudo servir de respuesta afirmativa.

— Pues yo vengo á ofrecérsela á V., y con ella el honor.

Eduardo clavó en él los ojos con la misma admiracion que le causaria á cualquiera el oír á un verdugo hablar de sensibilidad.— El faccioso prosiguió: Han asegurado algunos que en la accion de Nazar y Asarta fué V. de los que mas se distinguieron... ¿Quiere V. aumentar el número de nuestros valientes oficiales?...

Los ojos apagados de Eduardo se llenaron de fuego de repente: su fisonomia abatida se animó, cubriéndose de una imponente dignidad, al contestar con voz de trueno: — ¡No!!

En aquel momento pareció que el jóven habia crecido por lo menos una pulgada: el viejo mismo se sintió, en cierto modo, avasallado por la energia del que él consideraba, pocos minutos antes, sin ánimo y casi sin vida.

— Jóven, replicó, piénselo V. bien. A V. se le conserva su empleo, y si no acepta, antes de que acabe de anochecer, será pasado por las armas. ¿En qué quedamos?

— Ya ha oído V. mi contestacion.

— Bien está,—replicó el oficial faccioso abriendo la puerta. — ¡Padre capellan! pase V. adelante, y despachemos pronto...

Casi al mismo tiempo empezaron los tambores á tocar llamada.

VI.

— ¿Cuántos prisioneros hemos hecho? — decia el coronel X*** á un ayudante suyo, apeándose de su caballo en la casa principal de Elizondo aquella misma noche.

— Ninguno, mi coronel; que es tan fácil dar alcance á los facciosos, como pillar gorriones con la mano: pero hemos rescatado á un oficial nuestro, que iba á ser pasado por las armas...

— Mas vale eso que una docena de prisioneros. Dígale V. que quiero verle al instante.

VII.

Pocos dias despues, era verdaderamente una delicia ver á la graciosa Isabel de R***, con un ramo de flores en la mano, y sonriendo á cuantos la miraban, bailando con su nuevo esposo, con la indiferente alegría de quien no da importancia alguna á sus acciones. La casa estaba iluminada con particular esmero, y todo en ella respiraba movimiento y regocijo.

No obstante, hacia rato que la música se cansaba en vano, tocando un rigodon, sin que los bailarines pudiesen arrancar á sus compañeras de un corro, que en derredor de un hombrecito de diminuta estatura y pelo ceniciento se habia formado.

— ¿Qué diablos tienen que hacer las niñas con un doctor en medicina? — prorumpió por fin con voz de trueno don Anton R***.

— Nos está contando que ha visto esta tarde á don Eduardo, — contestaron varias voces femeninas, con inarmónica gritería.

— ¿Y porqué no ha venido á mi casa? dijo doña Mencia. Pero aun es tiempo, todavía puede brindar á la salud de los novios esta noche. ¡Pobre muchacho! Ya que se puede decir que nos ha debido la vida, que venga al menos á bailar con mi hija, que le quiere tanto... tanto...

— ¿Bailar?... No señora, repuso el doctor. Yo me hallaba por casualidad en la *Taconera* cuando entró con la columna, montado en un macho de bagaje, pálido, hundidos los ojos, huecos los carrillos, desencajado el semblante, en un estado de que es difícil formar idea, á no haberlo visto: tanto que, al pronto, yo mismo no le conocia. Preguntéle si se alojaria en esta casa; y me dijo que no, que preferia ir al hospital, que estaba resuelto á ello. Viéndole en un estado tan lastimoso, á pesar de no tener destino en aquel establecimiento, le acompañé hasta su lecho; y mientras le desnudaban, habiéndome preguntado por doña Mencia y su hija, le participé el fausto motivo del baile de hoy. El pobre jóven daba diente con diente; sus miembros, helados en las estremidades, temblaban convulsivamente: su rostro estaba amoratado... y á poco rato se desmayó. Examiné entonces su herida, y ví que debieran haberle cortado el brazo hace muchos dias.

— ¡Pobre jóven! exclamó doña Mencia enternecida: ¿y habrá que hacer irremisiblemente la amputacion?

— No señora, contestó el doctor, dando á su fisonomia una espresion singular.

Un silencio sepulcral reinó en el corro durante medio minuto. Por fin uno preguntó: — ¿Porqué?

— ¡Ola, niñas! á bailar! á bailar! que mañana habrá tiempo para consultas de medicina, exclamó don Anton, atronando á todos los concurrentes.

— ¿Pero porqué? — volvió á preguntar al doctor la misma persona de antes.

— El mal estaba demasiado adelantado, contestó este, y hace poco mas de media hora... que ha espirado en mis brazos.

— ¡Pobre Eduardo! ¡Pobre Eduardo!! — y brillaron lágrimas en algunos ojos, y entre ellos en los de Isabel. Doña Mencia estaba profundamente conmovida. El baile empezó de nuevo. El médico prosiguió en voz baja, hablando con la buena señora: — ¡Qué lástima de jóven!... Sus últimas palabras fueron: Madre mia!... ¡Isabel!

Isabel valsaba en aquel momento; que aunque sentia la muerte de su antiguo amigo, del que solia volverle las hojas en el piano, el